
JORGE DE ESTEBAN y LUIS LÓPEZ GUERRA

Los partidos políticos en la España actual

(Barcelona, Editorial Planeta, 1982)

A pesar de que la historia política de la España contemporánea ha sido lo suficientemente borrascosa y complicada como para que sea difícil establecer, con absoluta seguridad, las causas que han determinado ese estado de excepción en que, si no en sentido jurídico, sí en sentido político, ha vivido de forma cuasipermanente nuestro país, las diversas reflexiones que han tenido como foco de atención estos problemas han arrojado mucha luz al respecto y hay cosas que ya empiezan a ser admitidas de forma prácticamente unánime tanto por investigadores como por «investigados». Entre ellas la certeza de que una de las causas que han incidido de forma esencial en la no consolidación de un régimen de libertades en España, que han determinado la escasa vigencia temporal de las Constituciones y el continuo proceso de avances y retrocesos hacia la modernidad ha sido la falta, constatable a todo lo largo de los siglos XIX y XX españoles con muy raras excepciones, de auténticos partidos políticos que pudieran en sus mutuas interacciones fruto de su com-

petencia en pie de igualdad (si no real, sí formal) dar lugar a un verdadero sistema de partidos en cuyo ámbito los distintos grupos y capas sociales, los distintos intereses y las distintas formas de entender el mundo planteasen su batalla por la gobernación del Estado¹.

Sin partidos políticos o con organizaciones fuertemente personalizadas que no eran sino una caricatura, un mal remedo de los partidos, el protagonismo político y social pasó durante buena parte de nuestro siglo XIX y primer tercio del XX, en un proceso dialéctico en el que ya en general era difícil entender qué era causa y qué efecto, a otros sujetos de la vida del país: los militares, la Iglesia o los monarcas serían tres buenos ejemplos de instituciones cuyo desmesurado protagonismo, bien que situable en un distinto nivel, estaría en gran parte en

¹ Así, por ejemplo, pueden verse las muy sugerentes consideraciones generales sobre la historia constitucional de España. Véase Jordi SOLÉ TURA y Eliseo AJA, *Constituciones y periodos constituyentes en España (1808-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 118 y ss.

relación con esa falta de vertebración de los partidos políticos, organizaciones sin duda más consustanciales a sociedades pluralistas que cualquiera de las instituciones antes mencionadas.

No es por ello en absoluto de extrañar que cuando a finales de 1976 se inicia la transición política en España el de los partidos sea uno de los principales problemas, «uno de los más graves contenciosos» con terminología a la moda, que se plantean, y ello por causas muy diversas y de muy distinta entidad. Muy esquemáticamente se trataría de: *a)* el hecho de que una de las bases ideológicas del régimen franquista, auténtico sustento de su proyecto integrador² había sido su marcado y radical antipartidismo, lo que se puso de manifiesto incluso al final de la dictadura cuando ya fallecido el general Franco sus herederos políticos seguían negándose a hablar de partidos para hacerlo en su lugar de asociaciones políticas; *b)* al igual que ya venía siendo característico en nuestra historia política contemporánea, el final de un período autoritario sorprendía a las clases dominantes sin ningún tipo de organización política partidista a través de la cual vertebrar sus diversos, y en ocasiones contradictorios, proyectos políticos, y *c)* los partidos de la izquierda tradicional (socialistas y comunistas), y sobre todo estos últimos, que habían demostrado su gran potencial de oposición en los últimos

años del franquismo, nacían a una situación democrática con aparatos organizativos y, en una medida no despreciable, hábitos ideológicos, que se habían construido en contextos de dura lucha de resistencia que poco o nada tenían que ver con las pautas de un sistema pluralista y competitivo. La problemática de los partidos, indisoluble en última instancia de toda la corta historia de la transición española a la que determinan y por la que se ven determinados, es en buena parte, por ello, la de sus esfuerzos por consolidarse, en el caso de los de más reciente creación, o por acomodarse, en el de los partidos de más raigambre histórica, al nuevo marco que se asienta poco a poco desde la celebración de las primeras elecciones legislativas democráticas el día 15 de junio de 1977.

De ese esfuerzo y de esa pretensión, de sus resultados y sus obstáculos, da cumplida y amplia información el libro de los profesores de las Universidades de Madrid y Extremadura Jorge de Esteban y Luis López Guerra. La obra que comentamos debe ser entendida, primeramente, desde la afirmación de sus autores ya al inicio de la misma de que «hemos tratado de evitar la erudición o de aplicar teorías más o menos sofisticadas creadas por la doctrina a efectos de corresponder al deseo de la editorial de alcanzar al mayor público posible no versado en temas académicos» (página 10), pues ello está en relación con el carácter fundamentalmente descriptivo del libro e incluso con un cierto tono pedagógico que se puede notar

² Véase Manuel RAMÍREZ (et. al.), *Las fuentes ideológicas de un régimen (España, 1939-1945)*, Zaragoza, Libros Pórtico, 1978.

a todo lo largo del mismo³. En él se trata de exponer el «panorama español de los partidos políticos, examinando su problemática general, su historia, sus condicionantes y su realidad tal y como se ha ofrecido hasta el momento mismo de terminar este ensayo» (pág. 9). Y esto se realiza dividiendo el estudio en cuatro partes que corresponden a otros tantos capítulos del libro.

En primer lugar, se aborda con un cierto carácter de «introducción histórica», la evolución de los partidos políticos en España sobre la base de una periodización en que el criterio de corte histórico hace referencia a los más diversos aspectos del desarrollo nacional y no sólo, ni fundamentalmente, a la vida de los partidos: los momentos iniciales de los partidos políticos (1810-1876), el desarrollo de los mismos determinado por la reestructuración política que supuso la Restauración, la incipiente industrialización y el agravamiento del problema regional (1874-1923), la II República, el régimen del general Franco y la transición política a la democracia, serían esos cinco grandes ciclos en que cabría contemplar la vida de los partidos españoles hasta la actualidad.

Se estudia a continuación (capítulo III) el «contexto del sistema de

³ Este intento de llegar al mayor público posible hace que, en alguna ocasión, algunas afirmaciones aparezcan excesivamente faltas de matices. Así, por ejemplo, cuando se habla de sistema de partidos durante la dictadura (p. 36), cuando se explican las causas de la fragmentación del sistema de partidos español (p. 45) o cuando se hace referencia a la inexistencia de partidos republicanos (p. 46).

partidos en España» con una finalidad creemos fundamentalmente instrumental, pues se trata aquí de suministrar al lector los elementos de comprensión necesarios (así, estudio de la Ley de partidos políticos de 4 de diciembre de 1978 o estudio del funcionamiento y características del sistema electoral español) para que pueda abordar con las menores dificultades posibles lo que constituye, en nuestra opinión, la parte central del libro que es su capítulo IV, en el cual se desarrolla una detallada descripción de los partidos políticos en las dos primeras legislaturas. O, por mejor decir, en que se nos narran las diversas vicisitudes por las que han atravesado los principales partidos políticos españoles, centrándose en un aspecto que no podía dejar de llamar la atención de los autores en los momentos precisos en que se sitúa este libro (los primeros meses del año 1982): las luchas/querellas/debates internos que es decir en gran medida los éxitos o fracasos en los procesos de asentamiento y consolidación de las principales fuerzas políticas españolas, cuyas consecuencias no se mostrarían en toda su potencialidad, sino con las elecciones de octubre de 1982. Se estudian así las dificultades con que a esas alturas se encontraba Unión de Centro Democrático (U.C.D.) para pasar de ser «partido del gobierno» a ser «partido de gobierno», es decir, para crear un cemento de cohesión más durable en el tiempo que la pura detentación en una determinada coyuntura del poder de gobierno; el desarrollo de los XXVIII (ordinario y extraordinario) y XXIX Congresos del Partido Socialista Obrero Español

(P.S.O.E.), constatando la homogeneidad con la que se presenta el socialismo español ante la sociedad a pesar de sus divergencias internas; la profunda crisis, ya perfectamente perceptible en esos momentos, en que se debate el Partido Comunista de España intentando la «autodefinición de un espacio (y una clientela, electoral y organizacional) propia, diferente tanto del 'socialismo clásico' como del 'comunismo ortodoxo'» (pág. 210) o los intentos de Alianza Popular (A.P.) de dejar de ser un grupo de notables reunidos en torno a la figura carismática de un líder indiscutible para convertirse en el gran partido representativo y articulador de la gran derecha española. Se hace también una referencia a algunos de los sistemas de partidos de ámbito regional, vasco y catalán, y a las fuerzas nacionalistas que, presentes en ellos, los peculiarizan⁴.

El libro termina con un modo de epílogo, capítulo V, en que los

profesores De Esteban y López Guerra analizan, junto a diversos temas jurídicos, cómo la regulación de los partidos en el constitucionalismo español y en concreto en el texto vigente de 1978, las perspectivas de futuro de los cuatro grandes partidos en aquel momento presentes en el espacio político/electoral español: U.C.D., P.S.O.E., P.C.E. y A.P., a la vista de la marcha de sus respectivos procesos de reacomodación interna y de sus previsibles posibilidades de penetración social. Las elecciones generales de octubre, que se celebran a los pocos meses de publicado el libro que comentamos, pusieron de manifiesto hasta qué punto la afirmación de los autores de que «aún no ha cristalizado un sistema partidista que pudiéramos considerar institucionalizado; no desde la perspectiva de los partidos individuales (sometidos a continuos procesos de cambio en su mayoría) ni, lógicamente, desde el punto de vista del sistema en su conjunto» (pág. 209) respondía a la realidad de los hechos que hicieron saltar en pedazos las principales pautas del sistema de partidos que venía siendo característico desde las primeras legislativas de 1977.

ROBERTO L. BLANCO VALDÉS

⁴ No parece justificada la ausencia de tratamiento de los sistemas regionales gallego y andaluz, toda vez que en la fecha de publicación del libro se habían celebrado ya elecciones a uno y otro Parlamentos regionales. Para el caso de Galicia, véase R. BLANCO, M. MÁIZ y J. A. POTERO, *Las elecciones en Galicia*, La Coruña, Editorial NOS, 1982.

JOSÉ FÉLIX TEZANOS

Sociología del socialismo español

(Madrid, Editorial Tecnos, 1983)

El teórico marxista italiano Umberto Cerroni ha definido recientemente al partido político como una máquina organizativa dotada de un programa político¹, conceptualización en la que se recogen los dos elementos fundamentales conformadores de esos sujetos políticos de las sociedades contemporáneas que son los partidos políticos: *a*) una estructura de organización material (personal político, fuentes financieras, prensa y órganos de opinión, locales, etc.), que se pone al servicio de la realización de *b*) unos determinados contenidos programáticos, que encierran, las más de las veces, una concepción del mundo y ello en la perspectiva siempre de la consecución del poder del Estado, única forma de que verdaderamente el programa político del partido encarne en auténticas decisiones de «indirizzo» político estatal.

En consonancia con esta doble faceta del partido político, discernible

desde el punto de vista del análisis teórico, las modernas investigaciones estasiológicas se han dirigido con frecuencia, no ya al estudio de los contenidos y propuestas ideológicos de una concreta formación política (estudio en el que el objeto a indagar no es la producción ideológico/mental de un intelectual individual y aislado, sino la ideológico/programática, bien del intelectual colectivo del que hablara Gramsci, bien de un grupo de notables o élite dirigente), sino a radiografiar la estructura de organización de las mismas, centrándose en los distintos aspectos/elementos que las conforman en su totalidad.

Entre ellos, como pieza fundamental, se encuentra el elemento humano, el «personal político» del partido, utilizando el término en un sentido lato y omnicomprendivo en el que cabrían, aun reconociendo en todo momento los distintos grados de compromiso, desde los votantes hasta los organismos de dirección política del mismo. Es así cómo el estudio de la base humana de las organizaciones políticas partidistas se nos aparece como elemento esencial para un completo entendimiento, globalizador, de «cómo es realmente» y «qué es realmente»

¹ Cerroni ha escrito que «una máquina organizativa y un programa político estructurado y articulado constituyen el elemento verdaderamente diferencial del partido político moderno...»; véase Umberto CERRONI, *Teoría del partido político*, Roma, Editori Reuniti, 1979, pp. 13 y ss.

un determinado partido político. En esta perspectiva es, justamente, en la que creemos debe ser situada la obra del profesor José Félix Tezanos sobre el socialismo español. Porque, realmente, y a pesar de lo que el título pudiera sugerir en un primer momento al lector, el estudio del profesor Tezanos es, básicamente, una sociología del Partido Socialista Obrero Español (P.S.O.E.) o, para ser más exactos, un estudio «basado en cerca de una docena de investigaciones sociológicas» (pág. 11) del personal político, «lato sensu», del P.S.O.E. en distintos momentos del posfranquismo. Cuando menos este estudio constituye el grueso de la obra, pues a él están referidos los capítulos IV, V, VI y VII de la misma. Pero, además de ello, o en consonancia con ello, el autor dedica algunas páginas a reflexionar sobre en lo que su opinión debiera ser la estrategia de los partidos socialistas (y entre ellos claro está muy especialmente la del P.S.O.E.) en los países capitalistas industrializados en vista de los cambios operados en la estructura y composición de las clases sociales, y muy en concreto a la luz del auge que en esas sociedades avanzadas están cobrando, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo, lo que el propio autor denomina, con una terminología muy cara a él, las *nuevas clases medias*. Refirámonos ordenadamente a una y otra parte de la investigación.

El estudio de lo que Duverger, con un criterio muy amplio, conceptuara como «los miembros del partido»²,

² Al estudiar los grados de participación en los partidos políticos, Duverger

lo desarrolla el autor, como acabamos de decir, en los capítulos IV, V, VI y VII referidos, respectivamente, a los votantes, los afiliados, los cuadros y los órganos de dirección política del P.S.O.E. La investigación se realiza en cada caso sobre la base de diferentes estudios empíricos (encuestas pre y poselectorales, todas ellas para el año 1979, para el estudio de los votantes, nota 1, página 64; encuesta entre afiliados para el estudio de éstos, nota 1, página 89; encuestas realizadas en los Congresos de mayo de 1979, extraordinario de septiembre de 1979 y XXIX Congreso de octubre de 1981 para el estudio de los cuadros, notas 2, 3 y 4, página 136; diversos estudios entre los parlamentarios del P.S.O.E. en las legislaturas de 1977, 1979 y 1982 y cuestionarios cumplimentados por miembros del Comité Federal para el análisis de los órganos de dirección política, notas 1, 2, 3, 4 y 10 del capítulo VII), cuyos resultados son ordenada y sistemáticamente expuestos por el profesor Tezanos a lo largo de más de cien páginas de su obra. De los mismos el autor obtiene, entre otras, una conclusión fundamental de la que se derivan, además, diversas consecuencias de política práctica: la constatación de la *gran amplitud del espacio político y sociológico del socialismo español*. Efectivamente, se nos dice, el proceso de adaptación y acomodación del P.S.O.E. a las nuevas realidades políticas y sociales del país que tendría su mejor y más in-

incluye entre ellos el de los electores. Véase Maurice DUVERGER, *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, pp. 120 y ss.

equivoca muestra en el abandono de los «radicalismos» que caracterizó al Congreso extraordinario de septiembre de 1979 sería perfectamente coherente y estaría en relación en todo caso con los cambios operados en los últimos años en la estructura de las clases en España, fundamentalmente con la aparición de un amplio sector de nuevas clases medias que, incluso acercándose en número a la clase obrera tradicional, serían el elemento central que habría impulsado/inducido un profundo proceso de renovación interna, ideológica y organizativa, en el partido socialista, proceso de cuyo éxito no existiría la menor duda a la vista de los resultados de las últimas elecciones generales celebradas en octubre de 1982. El estudio detallado del perfil ideológico y sociológico de los afiliados, cuadros y dirigentes del P.S.O.E. demostraría hasta qué punto la «fotografía» del esqueleto del partido coincide con la de la sociedad a la que se dirige y en la que políticamente actúa, coincidencia que explicaría el hecho de que el P.S.O.E. sea hoy el partido que gobierna, con más de 10.000.000 de votos y mayoría absoluta en las dos Cámaras legislativas. Se trataría, además, en la perspectiva del autor, no sólo de constatar que ello ha ocurrido así, sino de obtener de ahí las necesarias conclusiones y lecciones para el futuro: «... un expreso reconocimiento de los factores de pluralidad —sociológica e ideológica— que aquí hemos visto reflejados, no es sólo una necesidad perentoria para afrontar la conquista y mantenimiento de las mayorías necesarias (...), sino que, incluso más en el fondo, la única forma de no

acabar perdiendo gran parte de los apoyos que el P.S.O.E. ha logrado incorporar a su fuerza electoral más tradicional en los comicios de 1977 y 1979, así como los que ha 'acumulado' en 1982» (pág. 87).

En nuestra opinión habría, sin embargo, alguna objeción que hacer a esta forma de concluir que el profesor Tezanos nos propone y que constituye, pensamos, la parte más sugerente de su trabajosa investigación³.

Una primera iría dirigida a la caracterización y la consiguiente utilización que en la construcción de sus conclusiones realiza el autor del concepto de *nuevas clases medias*. Pues, de hecho, no existe desde luego unanimidad entre los investigadores sobre esa interpretación de los cambios acaecidos en la estructura de clases de los modernos Estados altamente industrializados que tiende a encuadrar a un número creciente de profesionales, empleados, intelectuales o técnicos, en ese conjunto amplio que se designa con el concepto impreciso de clases medias [a esta imprecisión se refiere el propio J. F. Tezanos en una obra suya anterior (vid. *Estructura de clases en la España actual*, Madrid, Edicusa, 1975, págs. 57 y ss.)]. Bien al contrario, son numerosas las opiniones

³ Algunos de los trabajos que componen la obra habían visto ya, bien de esta forma o con modificaciones, la luz anteriormente. Así, véanse José Félix TEZANOS, "Estructura y dinámica de la afiliación socialista en España", en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 23, septiembre-octubre de 1981, pp. 11 y ss., y José Félix TEZANOS, "Radiografía de dos Congresos. Una aportación al estudio sociológico de los cuadros políticos del socialismo español", en *Sistema*, número 35, marzo de 1980, pp. 79 y ss.

que interpretan esos cambios en un sentido diferente, poniendo de manifiesto cómo en los países industrializados se produce, en mayor o menor grado, dependiendo de muy variadas circunstancias históricas y/o coyunturales, un proceso de *paulatina proletarización* del trabajo intelectual y técnico, que se manifiesta a través de toda una serie de componentes entre los que se han señalado como fundamentales la salarización, la masificación, la concentración del trabajo o la ruptura de la homogeneidad profesional⁴. Y si nos referimos a ello es porque la cuestión no es, ni mucho

menos, una mera discusión terminológica sin consecuencias de tipo político. La caracterización del proceso como de aumento paulatino, ¿y podría señalarse que «infrenable»? de las clases medias, el poner el acento en esta consideración, es conectado por algunos, y así lo señala el autor, con la correlativa moderación y desradicalización de los partidos socialistas, lo que parece lógico por más que el profesor Tezanos manifieste que no existe sobre ello suficiente evidencia empírica concreta. Si la situación es caracterizable, como se sostiene en el libro, en el sentido de que cada día son más amplias las clases medias, con todo lo que ello significa al nivel de los comportamientos políticos, parecería lógico y perfectamente explicable ese proceso de moderación, de socialdemocratización de los partidos socialistas (aun en el sur de Europa) que se verían forzados de manera constante a acomodar su política a las exigencias de una sociedad civil que se desproletariza día a día. Si por el contrario, el cambio en la recomposición/reestructuración de las clases supone la proletarización a grandes pasos de más y más sectores de población⁵, la moderación no sería probablemente la llave que a medio y largo plazo, y con independencia de las pequeñas victorias que se pudieran obtener a corto, podría abrir nuevas perspectivas de avance polí-

⁴ Véase en este sentido la muy interesante obra de Daniel LACALLE, *Los trabajadores intelectuales y la estructura de clases*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1982, muy especialmente las pp. 29 y ss. A este respecto ha señalado Pierre Joye: "¿Han suprimido las transformaciones acaecidas de esta manera en las condiciones de trabajo y vida de la clase obrera la línea de demarcación que la separaba de las otras capas de trabajadores asalariados, de los empleados, técnicos e incluso de los ingenieros y de los empleados científico-técnicos? ¿No pertenecerán también estos trabajadores intelectuales cuyo número crece rápidamente y cuya importancia en la producción aumenta sin cesar a la clase obrera en un sentido amplio, ya que tampoco ellos poseen medios de producción y venden también su fuerza de trabajo? Es fácil contestar a esta pregunta desde un punto de vista estrictamente económico. Trátese de obreros, empleados o ingenieros, todos los trabajadores asalariados pertenecen a la clase obrera." Véase Pierre JOYE, "La revolución científico-técnica y el nuevo papel de los intelectuales", en VV. AA., *La proletarización del trabajo intelectual*, Madrid, Editorial Comunicación, 1975. Puede verse también, en una línea crítica similar a la que sostenemos, Enrique GOMÁRIZ, "La sociología de Felipe González", en *Zona Abierta*, núm. 20, mayo-agosto 1979, pp. 61 y ss.

⁵ Lo cual no significa, claro está, que este proceso de proletarización no pueda ir parejo, en ocasiones, a una tendencia general de aumento del nivel de vida, de calidad de vida, de las clases subalternas que no viven hoy, obvio es decirlo, como en los momentos iniciales de los procesos industrializadores.

perceptibles ya con claridad a un año de su nombramiento, son bien indicativas de que sólo con unas grandes dosis de imaginación y de valentía el experimento socialista puede no de-

fraudar a una parte sustancial de los ciudadanos que le prestaron su apoyo entusiasta el 28 de octubre de 1982.

ROBERTO L. BLANCO VALDÉS

NOEL TRACY

The origins of the Social Democratic Party

(Londres, Croom Helm, 1983)

Dada la penuria existente sobre las recientes alteraciones del tradicional sistema de partidos ingleses, es de saludar la aparición de este breve ensayo sobre la escisión en el seno del Partido Laborista. Bien entendido que se trata de una primera aproximación al tema en la cual no abundan las precisiones ni los análisis detenidos y resulta patente la falta de atención a aspectos como los organizativos y electorales, que devienen a la postre decisivos a la hora de una comprensión correcta y salvadora de la complejidad del proceso de la crisis del laborismo.

Para Tracy, la escisión de los laboristas ingleses es la historia de la desintegración, frente a las duras réplicas de la historia y realidad económica del Reino Unido, de las ideas en las cuales se basaba tradicionalmente la corriente socialdemócrata del partido.

Por más que la escisión, en el momento de producirse, obedeciera a causas próximas de naturaleza organizativa interior, la posición de los

socialdemócratas en el seno del partido se hallaba minada desde mucho tiempo antes de los cambios organizativos introducidos al filo de la derrota electoral de 1979.

La investigación de Tracy pone de manifiesto, en este sentido, elementos decisivos hacia la clarificación de la naturaleza, génesis y alcance de la escisión. Así, por ejemplo, los dirigentes del nuevo Partido Socialdemócrata —Roy Jenkins, David Owen, Shirley Williams, Bill Rogers...— fueron asimismo líderes del Partido Laborista, que alcanzaron su máximo peso en el seno del partido en la década de los cincuenta. Por el contrario, la generación de la posguerra, aun cuando de muy diverso y heterogéneo espectro político, lleva las riendas del partido desde los años 45: Atlee, Gaitskel, Wilson, Callaghan, Foot... Y ello reviste un interés que desborda el ámbito de lo puramente generacional, pues en los años 50 es cuando tiene lugar en el seno del Partido Laborista no tan sólo un debate crucial en torno

a la orientación política del partido, sino la final aprobación de unas bases programáticas que se deslizaban pacientemente desde el socialismo democrático y reformista a la socialdemocracia, al abandono del keynesianismo, la disminución del gasto público y, en definitiva, el carácter periférico de una demanda central —con toda la moderación del caso— hasta la fecha: la propiedad pública de los medios de producción como objetivo.

La tradición histórica del partido laborista, desde su conferencia fundadora, se muestra a estos efectos irrevocablemente y con persistencia, vinculada a los postulados de un socialismo reformista —gradual y diferenciado en las propuestas fabianas o «marxistas»— partidario de una progresiva intervención estatal en el ámbito económico que sería abiertamente incidido por la revolución keynesiana del pensamiento económico, la cual vino, en cierto modo, a proveer de un programa práctico y concreto a la política generalmente vaga y difusa del laborismo.

La reducción de las tasas de interés, para incentivar el gasto frente al ahorro, la generalización del seguro de desempleo, el fomento del empleo público y en general el incremento de la demanda capacitador de la máxima capacidad de trabajo al sector privado, pasaron a integrarse como elementos decisivos del debate económico en el seno de la izquierda inglesa. El programa laborista procedió a incorporar, de este modo, objetivos tales como el control de la demanda efectiva, incremento de la participación económica del gobierno, reformas drásticas en los servicios públi-

cos, etc. Base keynesiana (compartida en algunos de sus aspectos por los liberales de los años cuarenta) a la que el gobierno laborista añadió una más profunda voluntad de transformación económica estructural: procesos de nacionalización de la electricidad, acero, ferrocarril, etc.

Este tipo de política económica contó desde un principio con seria oposición en el interior del propio partido laborista, en la cual son de destacar las constantes críticas formuladas por Crosland¹, sin duda alguna el principal teórico laborista de la posguerra, cuestionando la centralidad de las nacionalizaciones y de la propiedad pública en el programa socialista, rasgo —según él— deudor de un marxismo periclitado.

Para Crosland se imponía una moderación radical: cambios igualitarios en el sistema educativo, distribución de recursos en períodos de escasez, fomento de la industrialización en los sectores punta, participación e implicación de la clase capitalista en estos procesos..., elementos todos ellos integradores de la plataforma que bajo la dirección de Gaitskell, hasta su fallecimiento en extrañas circunstancias, agrupaba a destacados miembros del partido: Williams, Jenkins, etc.

Ni la derrota de 1959, ni la marginación de las tesis de Crosland de la mano de la política de Wilson tras el éxito electoral de 1964 y el hincapié programático —siempre ralentizado en la real política parlamentaria del partido— desaglutinó a la oposi-

¹ CROSLAND, A., *The Future of Socialism*, Londres, Macmillan, 1956, y *The British Economy in 1965*, Nottingham U. Press, 1965.

ción interior, nunca organizada fraccionalmente, que de este modo se vio favorecida por la crisis de finales de los sesenta. En efecto, los gravísimos problemas estructurales de la industria británica, la antigüedad del stock de capital, la competencia de las industrias alemana y japonesa, conjuntamente con los efectos inflacionistas de medidas sociales como las nacionalizaciones, incremento de salarios..., promovieron una crisis económica, de la cual el gobierno laborista se presentó ante el electorado como principal gestor. El fracaso electoral subsiguiente de 1970 y la derechización última, ya inútil, del gobierno laborista, pusieron las bases para un resurgimiento poderoso, por más que siempre relativo, del ala socialdemócrata.

Tracy pone, sin embargo, de manifiesto, acertadamente, cómo la crisis de la política económica tradicional tiene otro efecto fundamental, esta vez desde la izquierda. A saber: la gradual ofensiva de la *new left* laborista que, con Benn y Holland como ideólogos, planteó más allá de cualquier vuelta a anteriores posiciones del partido, recuperación de la problemática de las nacionalizaciones por ejemplo, una alternativa mucho más compleja.

En efecto, la nueva estrategia económica de Holland², ofensiva y arriesgada, postulaba la introducción del Estado, no ya en los sectores atrasados y en quiebra, sino en las manufacturas punta, donde debería *com-*

petir con las multinacionales cara a la consolidación de una «economía mixta» digna de tal nombre. El Estado no debería estar más tiempo confinado en las industrias básicas, los servicios públicos e infraestructura, pues la expansión de estos sectores jamás se traduciría en la dinamización del sector privado. Corolario de todo ello, la nacionalización del 25 por 100 de las manufacturas, destinada no al establecimiento de un monopolio a la antigua usanza, sino a la competencia con la industria nacional y extranjera.

La radicalidad de una tal propuesta, y su consideración como una huida hacia adelante, desencadenó una fuerte ofensiva a partir de 1973 que es detenidamente considerada por Tracy con especial atención a los pronunciamientos de Lever, Williams y el propio Crosland.

Por ello, y como el autor pone de manifiesto, la génesis de la oposición socialdemócrata debe perseguirse hasta sus últimas raíces en los sesenta, ya que sólo ello dará las claves para entender cómo el fracaso económico del gobierno laborista durante los años 1974-1979 robusteció la alternativa socialdemócrata sobre el des crédito, no ya del programa de la izquierda laborista, sino del propio incumplimiento del mismo. En efecto, a partir de 1976 se produjo un abandono gubernamental del programa electoral intervencionista en la industria, de tal modo que la victoria intelectual e ideológica de la izquierda en el partido se tradujo en derrota política real en la política parlamentaria, siempre mucho más derechista.

De hecho, y ante la coincidencia

² Fundamentalmente Stuar HOLLAND, *The Socialist Challenge*, Londres, Quartet, 1978, y *Strategy, for socialism*, Nottingham, Spokesman, 1976.

simultánea de inflación, desempleo y déficit en la balanza de pagos, se produce un desplazamiento decisivo en el seno de los laboristas que no solamente afectó a los socialdemócratas, aun cuando entre éstos los efectos fueron más patentes. Frente a la recesión se produjo un abandono masivo, no ya de las tesis socialistas-reformistas, sino aun de las keynesianas, y se abrieron las puertas acriticamente a un monetarismo que, en ocasiones, nada tiene que envidiar al sostenido por los conservadores. No ya sólo en Wilson o Callaghan, sino hasta en Foot, muestra Tracy esta penetración del liberalismo a lo Friedman.

Por otra parte, el desastre electoral del 79 pone sobre el tapete decisivos problemas de organización que ya saltaron en las polémicas de Coates³ algunos años antes.

Estos problemas, centrados en la representación y sobre todo en las relaciones entre la cumbre del partido, en especial el grupo parlamentario, y los sectores de base, constituía el eje de disensión planteado en la carta abierta de Owen y Rodgers en *The Guardian*. Las disensiones organizativas remitían, sin embargo, claramente a problemas políticos de fondo: la sobrerrepresentación atribuida a la izquierda y los sindicatos por parte de los socialdemócratas estribaba fundamentalmente en que la política del Labor Party no respondía al ideario progresivamente más moderado, antikeynesiano, cuando no abiertamente monetarista, de la mencionada ala de-

recha del partido⁴. De este modo el carácter minoritario de los socialdemócratas en el conjunto del partido les conducía a reclamar —bajo capa de democratización de la dirección y limitación de la tiranía de las mayorías— áreas de *autonomía* a nivel local, para garantizar zonas de influencia desde las que conquistar posiciones en el seno del partido.

Tras la renuncia de Callaghan, a las causas políticas y organizativas vino a añadirse como desencadenante de la escisión la elección del candidato de la izquierda y de las *Trade Unions* Michel Foot. En marzo de 1981 nacía el nuevo partido socialdemócrata británico S.D.P., partido que encarnará la plataforma reformista ya explicitada años antes en diversas intervenciones de sus líderes: *Politics is for People*, de Williams⁵, o *Face the future*, de Owen, donde se llega a criticar a planteamientos, no ya a lo Benn-Holland, sino al propio Crosland por keynesianos y burocráticos.

El alejamiento de las *Trade Unions*, el respeto total a la economía de mercado, la marginación del sector público, integran así la nueva plataforma del partido cuyo nacimiento vino a suponer la escisión radical de la izquierda parlamentaria inglesa y el reforzamiento del partido conservador que obtendría a partir de entonces continuadas victorias electorales tanto a nivel general como local.

⁴ Cfr. al respecto uno de los mejores análisis históricos del laborismo británico: David COATES, *The Labour Party and the struggle for socialism*, Cambridge U. Press, 1975, pp. 177 y ss.

⁵ Londres, Penguin, 1981.

³ Cfr. Ken COATES, *Democracy in the Labour Party*, Nottingham, Spokesman, 1977.

Finalmente, el libro de Tracy se cierra con las nuevas perspectivas políticas que, en el contexto del patriotismo generado por la guerra de las Malvinas, sitúan conflictivamente al L.P. en el seno de la escena política inglesa, sus nuevos problemas de

alianzas, así como la ausencia de una alternativa propia cara al monetarismo, una vez rechazada la alternativa del keynesianismo radical de Benn-Holland.

RAMÓN MAIZ

ANN RICHARDSON

Participation

(Londres, Routledge & Kegan Paul, 1983)

Se centra el libro de Richardson en la participación desde una perspectiva de *social policy* y no en aquella otra y más sólita dimensión, concedora por lo demás de un ingente despliegue bibliográfico en el área anglosajona, de la *political participation*, del análisis de los comportamientos de los ciudadanos ante los eventos políticos, alternativas y procesos de decisión de sus comunidades, de su implicación, en suma, en la génesis de la volición política a través de los canales de las democracias representativas y parlamentarias: partidos, elecciones, asociaciones diversas..., en definitiva el ámbito en el que desde Rokkan se desarrollan los análisis de la *micropolitics*.

En este orden de cosas, la obra aborda las potencialidades y limitaciones de las nuevas instituciones desde la óptica de la participación en su entramado, así como de la reformulación de instituciones públicas tradicionales en la perspectiva de una

progresiva incorporación de sus *usuarios* (*users* más que *consumers*) en la decisión-making de la gestión, coordinación y plasmación concreta de la prestación de servicios. Objetivo destacado lo constituye la exploración de los principales objetivos y obstáculos que se proponen e interponen a un incremento de la participación en los mentados organismos, así como dar cuenta de un modo sistemático y a través de una apretada síntesis de los nuevos cauces, experiencias y formulaciones que recientemente se desarrollaron en este campo y en especial en el Reino Unido.

El libro, conciso como corresponde a una colección de introducción a temas claves de *social policy* de carácter temático, destaca en todo momento, con gran claridad expositiva, y por encima de las experiencias concretas en tal o cual campo: sanidad, vivienda, educación, Seguridad Social, etc., las líneas maestras directrices de los programas de participación, las cues-

tiones que plantea su puesta en práctica, así como la génesis y objetivos centrales de la participación.

Articulado en torno a la *idea* de participación y sus desarrollos más recientes, el libro objeto de este comentario muestra un carácter decididamente analítico y por ende abstracto, obviando —lo cual es muy de agradecer en tema como éste— todo *descriptivismo fácil, asumiendo al contrario una presentación voluntariamente esencialista desde la que se procede al tratamiento generalizador de los puntos nodales de la problemática examinada.*

Y ello sin olvidar, por otra parte, el hecho indiscutible de que las llamadas a la participación en la política social se concentran principalmente sobre la base experiencial de los receptores o usuarios de los servicios públicos y que en tanto deben soportar las consecuencias de innumerables *policy decisions* debe serles abierta la arena de una cierta intervención en la formulación de las mismas.

Se vinculan en este terreno los dos aspectos de la política, a saber: aquel más general que compete a las decisiones globales de poder y su génesis y canales de expresión en el ámbito institucional-normativo y de organización de los sujetos sociales y aquel otro más concreto, pero de no menor importancia, en que cristaliza particularizadamente el proceso de creación de una volición política.

Ello se halla patentemente ejemplificado en la acepción inglesa de los términos *politics* y *policy*, que remiten separadamente a los aspectos globales y concretos, respectivamente, de lo político sin que la escisión semán-

tica suponga la existencia de una ajenidad de una y otra dimensión, que se encuentran, muy al contrario, estrechamente vinculadas, pues la posibilidad libre de opciones u orientaciones de acción pública resulta inescindible del entero marco democrático-representativo en que dichas decisiones se vehiculan.

El tema de la participación, por otra parte, saltó a la escena político-legislativa de Europa en la década de los sesenta, y ello no es en modo alguno casual. Consecuencia de la complejidad creciente de servicios introducidos de la mano del Estado social, los usuarios tenderían crecientemente a dejar de ser meros receptores pasivos de las prestaciones para intervenir tendencialmente en las decisiones políticas concretas de los diversos ámbitos: la participación llegó a convertirse, de este modo, en un significado componente del *social welfare*.

En Gran Bretaña, en concreto, todas las investigaciones e informes sobre la administración de servicios individuales llevadas a cabo desde finales de los sesenta, prestan de modo altamente significativo atención, si no central, al menos sustantiva, de este problema.

Así, por ejemplo, en el año 1968, el *Seeborn Report* sobre la reorganización del personal local de los servicios sociales urgía a los nuevos Social Services Departments el estudio de posibles fórmulas de incorporación de los usuarios al proceso de tomas de decisión, así como en la prestación concreta de servicios. En 1974, el reorganizado *National Health Service* introdujo los *Community Health Ser-*

vice con el destino de garantizar la representación de los usuarios en el servicio de la administración sanitaria inglesa. En 1977, el Comité Taylor, encargado de la reestructuración del sistema escolar, recomendó vivamente la incorporación de padres a las tareas de dirección de los centros. Y así sucesivamente pudieran citarse ejemplos en áreas como vivienda o, incluso, planificación urbanística y ambiental.

Generalizando sobre este magma disperso de informes y experiencias parciales Ann Richardson, tras una clarificación conceptual de qué debe entenderse por *participación* a los efectos anteriormente mencionados y de sus variedades directas e indirectas, se centra en las formas en que se ha implementado en la Gran Bretaña en las áreas más relevantes de la política social y los objetivos fundamentales que subyacen a las diversas iniciativas en este orden, sintetizando los debates que al respecto se han en-

tablado al tenor de la experiencia británica.

Finalmente se pasa revista a los obstáculos de más relieve que al incremento de la participación se oponen, así como la diversidad de orientaciones que asume sobre el binomio democracia/eficacia, sin cuestionarse, sin embargo, el propio sentido político de una tal participación. Porque, en efecto, la existencia de una cierta *apatía* en la participación de la *policy*, y no ya de la *politics*, y la decadencia notable de las ínfulas participativas de los *consumers* de servicios públicos, no resultan en modo alguno ajenas al carácter periférico y más legitimador instrumental y tecnocrático que otra cosa —pese a los piadosos deseos de la profesora Richardson— de la incorporación de los usuarios a unos procesos de toma de decisiones progresivamente más centralizados, piramidales y automatizados.

RAMÓN MAIZ

JAY G. BLUMLER y ANTHONY D. FOX

The European voter: popular responses to the first Community election

(Londres, Policy Studies Institute, 1982, 183 pp.)

El libro de estos dos profesores especialistas en comunicación, supone una contribución importante al conocimiento de las primeras elecciones de carácter supranacional celebradas en el mundo para elegir una asamblea representativa, esto es, los comicios

al Parlamento Europeo, que tuvieron lugar en junio de 1979, tras un largo proceso de discusión.

La investigación, en la que han colaborado una larga lista de instituciones y personalidades, tanto en los aspectos financieros como en la elabo-

ración y diseño del cuestionario, y en la propia recogida de datos, aborda uno de los aspectos más importantes de este proceso electoral, cual es el de la campaña, que sirve como banco de pruebas para conocer ciertas actitudes del electorado europeo ante dichos comicios. El campo de análisis abarca los entonces nueve países miembros de la C.E.E., salvo el caso de Luxemburgo, debido a una serie de dificultades técnicas a la hora de realizar el trabajo de campo.

Se trata de la primera investigación en este terreno, iniciada ya antes de la celebración de las elecciones, y que sale a la luz «en el momento oportuno», dos años después de los comicios y dos años antes de los previstos para 1984. Desde luego su interés no se justifica sólo por su condición de pionera, sino en la medida que contribuya a hacer conocer el porqué de la escasa incidencia que estos comicios tuvieron en el electorado, que arrojó una participación de un 66 por 100 de media, inferior en aproximadamente 10 puntos en relación a las medias nacionales de estos países en las elecciones legislativas. También se pretende conocer el porqué de la limitada atención a la información de los medios de comunicación y de las fuerzas políticas e instituciones europeas.

A éstas, los autores responsabilizan en buena medida de sus conclusiones de la «pasividad» ante este proceso electoral. Piensan que estuvieron más interesados en organizar, con el menor costo posible, una ceremonia internacional alejada de alcanzar objetivos concretos, innovadores y públicamente atractivos; así, y especialmente en el caso de Gran Bretaña,

se deduce del análisis que la escasa participación se debió a la carencia de vigor de la campaña electoral. Por ello, los autores piensan que este estudio puede contribuir a evitar que se repita de nuevo esta situación.

Se trataba de analizar las variables interactuantes que aparecieron en cada país y para cada uno de los mayores grupos de los electorados nacionales, que hubieran influido en la propensión de ir a votar, así como la predisposición individual de los votantes y las actitudes de los medios de comunicación y de los partidos políticos.

El libro consta de tres partes diferenciadas: una metodológica, descrita en los dos primeros capítulos; otra, la más densa e importante, que recoge el núcleo central de la investigación, analizando los distintos aspectos del alcance y compromiso de los votantes en la campaña (capítulos III al V), estudiándose en los dos capítulos finales las consecuencias de estas elecciones. El trabajo se completa con cuatro apéndices: el primero de ellos recoge el cuestionario y los restantes contienen datos estadísticos, que ilustran y completan la información incluida en los capítulos centrales del trabajo.

La primera elección al Parlamento Europeo, de la que algunos sectores europeístas esperaban reforzase el proceso de formación de la opinión pública hacia ideas europeas y dinamizara el Mercado Común, comenzó sin embargo en una singular atmósfera, mezcla de confianzas y escepticismo, esperanzas y temores, y ello por varias razones: indiferencia popular, escasez de fuerza de los poderes del Parlamento Europeo, realización de

todo el proceso electoral (normativa, medios de comunicación y fuerzas políticas) desde unas perspectivas nacionales, así como las tensiones surgidas en todos los implicados en los comicios, ante la posibilidad de mantener comportamientos convencionales - nacionales, o actuar en consecuencia ante una elección sin precedentes.

Como es bien conocido, el análisis comparado de los sistemas de comunicación y de los comportamientos políticos, están en Europa poco desarrollados y esta elección ofrecía motivos más que suficientes para abordar este vacío. Partiendo de considerar este proceso como un sistema de elecciones interconectadas, se trataba de analizar las orientaciones en la campaña de los partidos políticos y medios de comunicación y su recepción por el electorado, agregando y codificando los datos obtenidos de las encuestas (1.000 electores por país). Para algunos, se contó con otras pre-electorales, pero básicamente se ha trabajado utilizando el sistema ómnibus en el trabajo de campo poselectoral. Se pretendía conocer en detalle los contenidos y las formas de difusión de la campaña.

Los responsables de la investigación, ante la amplísima información matemática y estadística obtenidas, trataron y consiguieron presentar resultados numéricos lo más claros posibles, que permitieran responder a las hipótesis básicas planteadas: interés del votante hacia una elección sin precedentes, recepción e impacto de las comunicaciones en la campaña, si esta elección era realmente un hecho de carácter europeo, etc. Todo ello estudiado entre los ocho países y presen-

tado de modo que permitiera su comparación con futuras elecciones. En suma, ante la indiferencia de los electores en los meses anteriores a la convocatoria, según mostraban las encuestas realizadas, y que preveían una baja participación, trataron de conocer en qué medida la campaña había sido positiva o contraproducente.

La parte central del libro analiza profundamente el material empírico recogido sobre el que aplica diversos métodos estadísticos para enriquecerlo: conocer en qué manera la elección directa envolvió a los que debían ser «ciudadanos europeos» por primera vez, país por país y a cada uno de los diversos subgrupos sociales (según las categorías actitudinales, demográficas y políticas); estudiar estos públicos, que aparecieron desiguales desde el punto de vista internacional o transnacional, ante la campaña fueron objetivos básicos de la investigación.

En principio la campaña fue considerada como un vehículo potencial de aprendizaje ante este proceso electoral, para concluir por interpretar la elección como un proceso acumulado y alimentado por un número de fuerzas desiguales e intentar, por ello, conocer qué situaciones de los subgrupos estaban más asociadas con los comicios y cómo esas fuerzas trabajaron para promover o detener la movilización electoral.

En el capítulo VI, y ante los resultados de la investigación, los autores concluyen que esta elección fue ambigua y no integradora, dado que las campañas electorales (los argumentos partidistas y los debates públicos) tuvieron un marcado carácter nacional y los votantes actuaron respondiendo a

lealtades partidistas domésticas, nacionales, por lo que concluyen que en bastantes aspectos no fue una elección transnacional.

La responsabilidad de los políticos nacionales y europeos en el planteamiento de la campaña, cuyas orientaciones son seguidas en buena medida

por los medios de comunicación, podrán evitar que esta situación se repita de nuevo en próximas convocatorias; quizá ésta sea una conclusión poco grata, pero bien fundamentada, que la investigación ha dejado patente.

LOURDES LÓPEZ NIETO

GIANFRANCO PASQUINO

Degenerazioni dei partiti e riforme istituzionali

(Roma, Editori Laterza, 1982)

El líder del Partido Republicano Italiano (PRI) Giovanni Spadolini declaraba tan sólo conocerse los resultados de las últimas elecciones generales celebradas en Italia en junio de 1983 que «Italia se encuentra encerrada en un callejón sin salida». Efectivamente, y contra lo que muchos analistas políticos y diversos sondeos de opinión habían pronosticado durante las semanas, y aun los meses, anteriores a la consulta electoral, los ciudadanos italianos habían decidido votar en los comicios del 26 de junio de 1983 en un sentido muy similar al que lo habían hecho en las generales de 1979 y la *sorpresa socialista*, en las que muchos tenían centradas todas sus esperanzas, no se producía o se producía en un grado muy inferior al esperado: el PSI pasaba del 9,8 por 100 de los votos al 11,4 por 100 y ganaba 11 escaños, de 62 a 73, en la Cámara de Diputados. La disolución del Parlamento, forzada en gran medida por la negativa de los propios socialistas a seguir apoyando el pacto de gobierno de centro-izquierda

ampliada¹, aparecía como una operación inútil que no había servido sino para restar, aunque mínimamente, fuerza a los ejecutivos inspirados en la fórmula del pentapartido que se impusiera desde la formación del primer gobierno Spadolini en junio de 1981, y a la que habría que volver a recurrir, pues las pequeñas ventajas obtenidas por los partidos laicos, socialdemócratas (PSDI), liberales (PLI) y republicanos (PRI), apenas servían para compensar el retroceso de la Democracia Cristiana (DC), que aparecía como la gran derrotada en los comicios al pasar del 38,3 por 100 al 32,9 por 100 de los votos y perder un total de 40 escaños, de 265 a 225, en la Cámara de Diputados. El último de los pronósticos avanzados, «l'éclatement» comunista, no se producía tampoco y el PCI se man-

¹ Esa es la denominación que emplea Giacomo SANI al caracterizar los diversos tipos de coaliciones políticamente posibles. Vid. G. SANI, "Notas sobre el sistema italiano de partidos", en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 27, mayo-junio de 1982, p. 61.

tenía prácticamente sin variación en sus cotas de votación de 1979, con una pérdida de sufragios de medio punto porcentual, que le significaban tres escaños menos, de 201 a 198, en la Cámara Baja.

Era así cómo la esperanza de nuevas fórmulas políticas que pudieran desbloquear la situación italiana se esfumaba y los líderes de los cinco partidos del *arco gubernamental* se veían forzados a iniciar de nuevo sus lentas y difíciles negociaciones a la busca de un gobierno que contentase a tan diversas fuerzas políticas y a las «familias» que las integran, en un equilibrio de cuya excepcionalidad es buena muestra el mismo resultado del acuerdo: Bettino Craxi, líder del PSI, un partido con apenas el 12 por 100 de los votos, se convertía en el primer presidente del gobierno socialista en la Italia de la posguerra por virtud de un pacto entre los estados mayores de las cinco fuerzas en negociación, un gobierno en el que, aclarámoslo, los ministros de su partido estarían en minoría frente a los democristianos.

Ahora bien, al margen de *este pequeño cambio*, lo cierto es que en la sociedad política italiana después de junio de 1983 casi todo va a seguir como antes, pues las nuevas elecciones no modifican ninguna de las características fundamentales del sistema de partidos que se impuso en la península, después de la Segunda Guerra Mundial, a partir de las primeras elecciones generales de 1946 y que un conocido especialista ha resumido bajo el tipo de pluralismo polarizado².

Pues, efectivamente, la sociedad civil, a pesar de las continuas crisis políticas, de la ineficacia decisional de los diversos ejecutivos, de la corrupción del aparato administrativo y burocrático, de la inestabilidad, en suma, en las instituciones de gobierno del país³, ha decidido no modificar el equilibrio existente entre las diversas fuerzas en competición en la sociedad italiana, lo que vuelve a poner en primer plano, si es que en algún momento ha dejado de estarlo, toda la problemática de las «*riforme istituzionali*». Es decir, si el desbloqueo de la situación no se opera desde abajo, desde la sociedad civil, procédase a operarlo desde arriba, desde la sociedad política. A partir de esta lógica, el calor de esta dialéctica cambio o continuidad en los comportamientos políticos electorales/reformas estructurales, se ha producido, se está produciendo en Italia un profundo y denso debate teórico que ha generado ya un buen número de aportaciones de gran interés científico y político para un correcto entendimiento tanto de la situación italiana en particular como más en general de la dinámica de funcionamiento y cambio de las modernas sociedades pluralistas de ese área geográfica que se ha dado en llamar «el sur de Europa»⁴. El libro de Gianfranco

dos, Madrid, Alianza Universidad, 1976, pp. 165 y ss.

³ Inestabilidad que puede comprobarse con la simple lectura de la tabla 12 del trabajo de SANI citado en que consta la totalidad de los gobiernos italianos en el período 1945-1981. Vid. G. SANI, *cit.*, p. 57.

⁴ Los estudios sobre «el sur de Europa» son ya muy numerosos. Una selección interesante puede verse en Nikiforos DIAMANDOUROS, «Europa del Sur: una

² Vid. la ya clásica obra de Giovanni SARTORI, *Partidos y sistemas de parti-*

Pasquino es, en este sentido, una aportación más, de gran valor, al debate mencionado⁵.

La obra se compone de cinco trabajos, publicados por el profesor boloñés en los últimos siete años, ordenados ahora con arreglo a un criterio sistemático y dedicados «a la dinámica del sistema político italiano, desde el punto de vista del papel de los partidos en la sociedad civil, de las transformaciones de su estructura y de las intervenciones correctivas que van incluidas bajo el nombre de reformas institucionales» (pág. VIII). El binomio sistema de partidos/crisis de gobernabilidad al que el autor dedicara ya excelentes páginas⁶, vuelve pues a proponerse, en toda su complejidad, como objeto de reflexión teórica, y ello en una perspectiva en la que se pretende mucho más desentrañar las causas de la crisis y polemizar con las diversas alternativas propuestas para solucionarla, apuntando ventajas e inconvenientes, posibles e imposibles, que suministrar fórmulas de solución a corto plazo sobre cuya existencia el propio autor se muestra escéptico desde el principio de la obra. A pesar de ello, de la lectura conjunta de los cinco ensayos que componen *Degenerazioni dei partiti e riforme istituzionali*, se pueden obtener conclusiones lo suficientemente claras sobre lo

introducción bibliográfica”, en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 27, mayo-junio de 1982, pp. 191 y ss.

⁵ Aportaciones muy recientes y de gran interés se contienen en un número monográfico dedicado a las “riforme istituzionali” por la revista *Democrazia e diritto*, núm. 6, 1982.

⁶ Vid. Gianfranco PASQUINO, *Crisi dei partiti e governabilità*, Bologna, Il Mulino, 1980.

que el profesor Pasquino considera posible y/o conveniente y lo que es tíma irrealizable y/o contraproducente. Y también, nos atreveríamos a decir, sobre las preferencias personales, puramente políticas, del autor.

El primero de los trabajos «Vizi di funzionamento nel sistema politico italiano» (págs. 13 a 45) es un intento, en nuestra opinión logrado, de negar la existencia de un vicio único y de origen, omniexplicativo, en el sistema político italiano y aportar, en cambio, una explicación multicausal y dinámica a la actual situación de bloqueamiento en que se encuentra el mismo. Y ello sobre la base de una serie de circunstancias históricas que, jugando un papel distinto según los momentos, podrían resumirse así: a) la estructura bipolar del sistema internacional, que ha supuesto un factor de deslegitimación, a efectos de sus posibilidades de gobierno, del PCI; b) el frustrado o tardío desarrollo en un sentido progresivo de la Constitución, «seguramente el elemento de mayor relevancia explicativa del mal funcionamiento del sistema político italiano» (pág. 21); c) el consenso constitucional que, si bien ha sido «ab initio» un factor fundamental de legitimación democrática, se ha traducido a la larga en un tremendo impedimento para cualquier modificación de la Constitución y, por tanto, para cualquier operación de reforma institucional; d) el desplazamiento que se ha ido produciendo de forma progresiva del centro de decisión política del Parlamento a los órganos de dirección de los partidos, y e) la ausencia de alternancia que ha dotado al sistema de una reducida movilidad y una baja

competitividad política, con graves efectos inducidos sobre la sociedad civil. Frente a todo ello, el autor considera que una de las vías a tomar es la de la despotenciación de los partidos en cuanto que organismos centralizados e intentar, por el contrario, «acrecentar la influencia de los electores que deben romper su esquema de comportamiento político tradicional y canalizar sus propias energías» (página 40). Es decir, una vía distinta a la de fomentar la partitocracia, que es lo que, «rebus sic stantibus», se consigue a través de los mecanismos adoptados en Italia para la financiación pública de los partidos. Este es, justamente, el tema del segundo ensayo «Contro il finanziamento pubblico de questi partiti» (págs. 45 a 73), en el que, después de analizar los diversos argumentos manejados a favor de la financiación estatal de las organizaciones partidistas y el juego de los mismos sobre la realidad italiana, el autor concluye por afirmar que la financiación estatal no incide sobre las causas estructurales de las crisis de los partidos y que sus efectos, aparte de marginales en todo caso, son aditivos y no sustitutivos de las fuentes clientelares de financiación.

El tercer trabajo, «Modelli partitocratici e tentativi di rinnovamento» (págs. 74 a 109), plantea, de forma sugerente, la crisis que se abre en las tres principales organizaciones políticas italianas, DC, PCI y PSI, con posterioridad a, y a causa de las derrotas electorales de 1976 y/o 1979, y los intentos de renovación que éstas han inducido en los mismos. Y ello sobre la base de distinguir entre tres tipos de voto/de votantes —voto de opi-

nión, voto de pertenencia y voto de canje—, disección que sirve al profesor Pasquino para ir analizando la dinámica electoral (y en alguna medida las perspectivas de futuro) de los tres partidos básicos del sistema: así, por ejemplo, las crisis de las subculturas católica o comunista, que sostenían importantes segmentos de votantes de opinión y de pertenencia, o las dificultades de los socialistas para asentar un esquema de partido que les permita romper sus techos electorales. La descripción y valoración de los intentos de renovación operados en las maquinarias organizativas y en la cultura política de los partidos, que el autor realiza a continuación, muestra hasta qué punto éstos han sido insuficientes para romper la subordinación de las instituciones a los mismos⁷, lo que replantea en toda su intensidad la problemática, a la que se dedican los dos trabajos restantes, de las reformas político-institucionales. En el primero de ellos, «Riflessioni sulle riforme politico-instituzionali» (págs. 110 a 135) se trata de resumir los aspectos fundamentales del debate sobre las reformas institucionales propuestas en los últimos años de la década de los setenta, 1978-80, por los socialistas italianos en una doble perspectiva —las que afectan a las relaciones legislativo-ejecutivo, con la introducción de una República presidencial y las que hacen a las relaciones partidos-electores con la reforma del

⁷ Ese es el sentido, justamente, en que el autor habla de partitocracia a la que define, en sentido técnico, como “el dominio ejercido por los partidos sobre todas las esferas del sistema político”. Vid. obra comentada, p. 74.

sistema electoral en sentido mayoritario— y con un fundamental objetivo último: el de promover la *alternativa de izquierda* aumentando la estabilidad política y mejorando la eficacia decisional del ejecutivo. Pero una y otra reformas, nos dice el profesor de Bolonia al analizarlas con un mayor detenimiento *técnico* en el último trabajo del libro, «*Suggerimenti scettici agli ingegneri elettorali*» (págs. 136 a 173), podrían volverse contra sus oponentes y defensores, los socialistas, y acabar provocando efectos bien distintos, y aun contrarios, a los perseguidos, pues efectivamente tanto el intento de introducir una República presidencial, como el de restar proporcionalidad al sistema electoral, acabarían muy probablemente, forzando al alza el grado de polarización en la vida política italiana al imponer una reducción peligrosa y un encorsetamiento artificial de las opciones en competición, reducción que afectaría también, muy a su pesar, al propio partido socialista⁸.

En conclusión, y para terminar, decir que la diagnosis que el profesor Pasquino realiza en su obra de la actual situación italiana no deja, y en eso debemos coincidir con el autor, demasiados motivos para no ser ciertamente escéptico sobre las posibilidades de su desbloqueo a corto plazo. Pero ello no quiere decir, en

absoluto, que no existan otros caminos que aquellos que se proponen (o con los que se polemiza) en el libro que comentamos; que no existan otras reformas posibles y otros cambios necesarios, algunos «datos» de partida que haya que empezar, seriamente y sin prejuicios, a revisar. Entre otros, muy especialmente, el de la no participación en el gobierno de la República del Partido Comunista Italiano, el de la «*conventio ad excludendum*» de que habla el autor sólo de pasada (pág. 5), que está, creemos, en gran medida en la base de muchos de los problemas que hoy presenta la realidad italiana, de muchas de las degeneraciones que caracterizan la vida política del país vecino. Sólo sobre la base de una absoluta falta de alternancia que dura ya casi cuarenta años y que ha convertido a un partido, la Democracia Cristiana, en un auténtico «sistema de poder»⁹, puede sostenerse una situación similar a la italiana en la que cualquier salida parece de antemano taponada. Es por todo ello que pensamos que cada vez más la salida de avance en Italia depende de una valiente y desprejuiciada solución de la *cuestión comunista*, única forma de introducir la alternancia sin tener que recurrir a experimentos de ingeniería electoral que tiendan a recortar el pluralismo.

ROBERTO L. BLANCO VALDÉS

⁸ Así, por ejemplo, cuando explica cómo afectaría a las diversas fuerzas en presencia la introducción de recortes a la proporcionalidad, bien con un sistema similar al alemán —tope mínimo del 5 por 100 de los votos—, o con un mecanismo como el francés de doble vuelta con *ballotage*. Vid. obra comentada, pp. 151 y ss.

⁹ Este proceso de conversión paulatina de la DC en una red de poder que se extiende a todos los intersticios de la vida italiana ha sido descrito, con un gran aparato documental en Giuseppe TAMBURRANO, *L'iceberg democristiano*, Milán, Sugarco Edizione, 1975.

DAVID S. BELL (Ed.)

Contemporary French Political Parties

(Londres, Croom Helm, 1982, 199 pp.)

El origen de esta obra son unas sesiones organizadas por el SSRC británico en la Universidad de Leeds, en enero de 1981, sobre los partidos franceses. Las dos elecciones celebradas ese mismo año en Francia obligaron a rehacer la mayor parte de las ponencias antes de ser publicadas en este volumen, con objeto de poner al día algunas de sus conclusiones.

La obra está estructurada en tres parte que agrupan las aportaciones sobre los partidos de la derecha, los de la izquierda y, por último, unos estudios concretos acerca del CERES, las tendencias de la SFIO y la postura de la izquierda ante la Comunidad Europea.

Predominan los análisis de partidos de izquierda, en detrimento de los de la derecha, lo que refleja una vez más esa carencia de estudios sobre los partidos conservadores pese a su importancia pasada —o actual— como partidos de gobierno en la mayor parte de los países de nuestro continente. Nos preguntamos si esta laguna es producto de los intereses personales de los científicos políticos europeos o de las dificultades de estudio que presentan las formaciones de derechas para el analista político. Es cierto que el próximo futuro

del vecino país estará dirigido por la izquierda ganadora en 1981, pero no podemos dejar de subrayar el hecho de que el libro que comentamos dedique sólo la cuarta parte de sus páginas a los partidos que durante más de cuatro lustros rigieron la V República francesa, cuya Constitución acaba de cumplir sus veinticinco años, hasta el punto de que, como señala el editor, profesor Bell, el régimen republicano que surgió de 1958 «era casi sinónimo de derecha».

La exigua primera parte dedicada a los partidos gobernantes hasta 1981 comienza con un estudio del profesor Searls (Universidad de Newcastle-upon-Tyne) acerca de «Los Giscardianos y la Política de Partido», en que analiza el desarrollo de la derecha no gaullista a lo largo de la V República, subrayando el impacto del presidencialismo sobre el sistema de partidos y sobre los propios partidos, si bien establece diferencias claras entre los períodos presidenciales de De Gaulle y Giscard, por una parte (fundadores y líderes de los gaullistas y los republicanos independientes y más tarde de la UDF), y el de Pompidou, que careció de esa relación privilegiada con un partido.

Searls analiza el fenómeno de la «Union pour la Démocratie Française» como aglutinante de los apoyos al presidente Giscard y profundiza en los conflictos que se dieron entre las fuerzas componentes de la UDF, sus diferencias en los terrenos de las políticas social, europea y exterior, y sus divergencias sobre las alianzas defendidas, así como la propia naturaleza de la Unión (¿alianza electoral, o «partido constituyente»?). La exposición sobre la estructura interna de la UDF muestra cómo los elementos federales permitieron limitar la lucha entre los partidos y grupos que las formaron, lo que la convirtió en reflejo del «pluralismo con unidad» de Giscard. El futuro de los giscardianos, tercera fuerza parlamentaria en la Asamblea, dependerá de su capacidad de revitalizar su organización y de resolver el problema de encontrar un «presidenciable» aceptado.

El profesor Cerny (Universidad de York), que ya había estudiado la política exterior de De Gaulle¹, nos ofrece una interesante aportación sobre «El Gaullismo, Capitalismo Avanzado y la V República», en el que pasa revista al desarrollo del gaullismo, su penetración en la estructura administrativa del Estado, el papel que jugó en el paso del parlamentarismo al presidencialismo y en la transformación de la sociedad francesa desde un desarrollo desigual y una economía poco competitiva a una sociedad capitalista avanzada. Pero el gaullismo de los años sesenta era algo

más que una manera de gestionar las transformaciones capitalistas; era un intento, logrado, de dar una nueva legitimación al Estado, basada en variados elementos ideológicos y ligada a la «práctica gaullista del Estado», más que a la figura del general. El paso de esta «protolegitimidad» a la legitimidad real necesitaba que el poder pasase pacíficamente a la oposición y que «las actitudes de apoyo al Estado se transmitan a una nueva generación» (p. 46), hechos que comienzan a producirse hace ahora dos años.

El problema del gaullismo, y desde 1976 de su «Reassemblément pour la République», se centra en su capacidad de adaptación a la nueva situación de la era «post-general» en la que ya no es partido dominante, ni siquiera entre los de la derecha. El hecho de que Chirac sea el único, por ahora, candidato presidenciable apto para la derecha², y la necesidad que de ello tienen los electores de la oposición puede jugar a favor de los gaullistas. Sin embargo, deberán tener en cuenta la dificultad que supone el que «el palio de la legitimidad gaullista» cubra ahora a Mitterand, tema éste que produce unas brillantes páginas del profesor Cerny, en las que desarrolla los aspectos de la nueva imagen de la legitimidad «gaullista» de presidente socialista francés.

La ponencia de la profesora Michalina Vaughan (Universidad de Lancaster), dedicada a la «Nouvelle Droite» justifica su presencia entre los

¹ CERNY, Ph. G., *The Politics of Grandeur. Ideological Aspects of de Gaulle's Foreign Policy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

² Como lo prueba el último sondeo de octubre de 1983, «Le Baromètre-IPSOS/VSD», según el cual Chirac (18 por 100) supera la popularidad de Giscard (11 por 100), *Le Monde*, 4-XI-1983, p. 8.

partidos, pese a que no compite electoralmente, por el hecho de que la Nueva Derecha ha servido de puente entre los intelectuales liberales giscardianos y populistas gaullistas, por una parte, y el GRECE (Groupement de Recherche et d'Études pour la Civilisation Européenne), surgido en 1969. Se pone al alcance del lector anglosajón las posibilidades de este grupo de presión intelectual, conocido por sus inclinaciones periodísticas y su estrecha relación con el semanario *Le Figaro*.

La «Nouvelle Droite» trata de relanzar viejas ideas, abandonadas desde 1945, para socavar las actualmente dominantes, y su duración, así como su relativa influencia sobre la derrotada «mayoría» de derechas francesa (por ejemplo, la «reforma Haby» de la Educación) llevan a considerar que no sólo es una «efímera superchería intelectual».

Las necesidades de la derecha, ahora en la oposición, para hallar nuevos rumbos, abren la posibilidad de que las ideas de la «Nouvelle Droite» jueguen un papel de cierta importancia en su reconstrucción ideológica, especialmente si logra conseguir su propósito de influir en grupos de élite que dirigen el *pouvoir culturel*.

En la segunda parte del libro («La Izquierda») encontramos en primer lugar el trabajo de Neill Nugent (Manchester Polytechnic), sobre «Las estrategias de la Izquierda Francesa. De la derrota de 1978 a las victorias de 1981», en que describe las consecuencias de la derrota electoral de 1978 sobre el PCF, el PS y el MRG, así como las alternativas que se presentaban frente a la unidad perdida en

septiembre del 77: la construcción de una tercera fuerza, la «Alianza del Centro», tan buscada por Giscard como temida por los socialistas, o la independencia de acción de los partidos de la izquierda, que ya había demostrado sus negativos efectos electorales en 1958 y 1969, a la que se oponían el PS y el MRG e, incluso, la mayoría de los votantes comunistas. Se describen críticamente los análisis de los partidos comunista y socialista cara a las elecciones presidenciales de 1981, estudiando las cuatro corrientes que había en el PS desde 1977, las lideradas por Mitterrand, por Rocard y por Mauroy, así como el grupo CERES, y los resultados del Congreso de Metz en 1979, que produjeron un acercamiento de Mitterrand al CERES, hasta su nominación como candidato a la Presidencia en enero de 1981, momento en que se logró un consenso en el PS.

En cuanto al PCF, la ruptura de 1977 le coloca en una situación paralela a la del PS a comienzos de la década de los 70; temor a una unidad desequilibrada, en la que el partido propio está en inferioridad de condiciones respecto al otro. El comunismo francés realiza un cierto «retorno a las fuentes», que se reflejaría en una valoración más positiva que antes del socialismo de los países del Este, la aceptación de la invasión de Afganistán (a diferencia del PCE y el PCI) e incluso la visita de Marchais a Moscú pocas semanas después de ésta. Ello no significaba, sin embargo, subraya Nugent, que se adoptara una postura de independencia total respecto a la izquierda francesa, ya que se seguía logrando acuerdos

electorales, impuestos bien es cierto por el sistema electoral, y continuaba la gestión municipal en unión con el PS. El Partido Comunista dejaba abierta la posibilidad de acuerdos de unión por las alturas, pero intentaba refortalecerse cara a esa unión mediante un período de relativa soledad y aislamiento. Sin olvidar aspectos como el sociodemográfico, la situación económica, y la gestión de los últimos años de la presidencia de Giscard, termina destacando la importancia que en las victorias de 1981 tuvo la nueva situación en que se encontraba la izquierda ese año. El fracaso de la unidad del Programa Común en 1977 obligó a adoptar nuevas estrategias que demostraron ser eficaces, pues lograron dar un vuelco al sistema político establecido desde 1958.

Jolyon Howorth (Universidad de Aston) desarrolla el tema «El PCF y las alianzas de clase», estudiando especialmente la «Union du Peuple de France», surgida del XXI Congreso en 1974. Su nacimiento fue más una necesidad política que fruto de un análisis correcto de la sociedad francesa. La UPF, que Howorth califica de «bastardo teórico, nacido de una extraña unión entre un *impasse* ideológico y los imperativos políticos», no logró atraer votos de los trabajadores intelectuales, ni de cristianos, gaullistas, patriotas, etc. No consiguió su objetivo de servir de protección a las capas populares amplias frente a las «castas monopolistas» y fue abandonada después de las elecciones cantonales de 1976, retomando el PCF en las elecciones de 1977 sus *slogans* tradicionales y obreristas.

El PC francés sigue sin resolver el reto de atraerse a los «trabajadores intelectuales» y para lograrlo deberá potenciar el trabajo ideológico más que la estrategia política, aunque la actuación del PS será un obstáculo serio a ese objetivo comunista.

Los profesores Fisera y Jenkins presentan su ponencia sobre el «Partido Socialista Unificado (PSU) desde 1968», partido que lleva ya más de veinte años de vida activa en la política francesa y que ha producido entre otras la figura de Rocard, desde 1974 en el PS. Estudian al PSU desde 1968 hasta las elecciones de 1981, analizando tres aspectos; su ideología, especialmente el tema de la «autogestión», popularizado tras la experiencia de la Lip de Besançon (1973), su relación con las instituciones políticas, especialmente su evolución electoral en las presidenciales (desde los casi 900.000 votos de Rocard en 1969, al 1,1 por 100 de Huguette Bouchardeau en 1981) y municipales, y su relación con otras fuerzas sociales, como la CFDT y los movimientos feministas y ecologistas, que pueden ser reserva de futuros electores para el PSU, cuyo futuro en la escena política francesa quizá esté estrechamente ligado a la reforma del sistema electoral, con la introducción de la Representación Proporcional.

La última parte del volumen recoge tres estudios en detalle de problemas específicos de partidos franceses, siempre de la izquierda; David Hanley analiza en profundidad la actividad del CERES en dos departamentos, Ile-et Vilaine (prefectura: Rennes, al Oeste) y Aude (prefectura: Carcassonne, al sur de Francia),

muy diferentes desde el punto de vista de las tradiciones políticas y culturales. Tiene el interés de presentar un cuadro detallado de la vida política de un partido a escala local, explicando sus conexiones con los órganos de dirección nacionales y los éxitos y fracasos de la tendencia CERES en los dos departamentos.

El profesor B. D. Graham (Universidad de Sussex) analiza el «Juego de las tendencias: la política interna de la SFIO antes y después de la Segunda Guerra Mundial», comparando los conflictos internos del socialismo francés de 1938, y los de 1946, tras la liberación, cuando Mollet sustituyó a Mayer en la Secretaría General, y se frustró el intento de cambio del Partido, principalmente a causa de la persistencia de ideas y hábitos de antes de la guerra entre los militantes. Es sugestiva la distinción entre los tres tipos de conflictos internos de la SFIO: el faccionalismo (reclutamiento de seguidores por los líderes), el secretarismo (discusiones sobre ideología) y el seccionalismo

(enfrentamiento entre grupos territoriales, o de interés, o de diferentes bases sociales).

La última aportación, de los profesores Bound y Featherstone, estudia la postura de la izquierda francesa ante la Comunidad Europea, centrándose en el PCF y el PS, y en las consecuencias que tendrá en el futuro sobre las relaciones entre ambos partidos. Aunque los dos tienen puntos en común respecto a la CEE (en general opuestos al desarrollo de los aspectos supranacionales) y juegan también la carta electoral del chauvinismo, les espera fundamentalmente la postura acerca de «Europa dentro o fuera de la Alianza Atlántica».

Además del desequilibrio de estudios sobre los partidos de izquierda en detrimento de los de la «ex mayoría» se echa de menos la mínima referencia a los partidos de ambos extremos del espectro político francés.

MIGUEL A. RUIZ DE AZÚA

ZIG LAYTON-HENRY (Ed.)

Conservatism and conservative politics

(Londres, Macmillan, 1982, 351 pp.)

Las formaciones políticas conservadoras apenas son objeto de estudio entre los científicos políticos, sobre todo en contraste con la bibliografía partidista que se ocupa de las formaciones de izquierda, socialistas

y comunistas, cuyas estructuras se hacen más accesibles al análisis y a la observación. En efecto, es posible que el hecho de que las formaciones de la derecha moderada o conservadora no sean habitualmente objeto de

estudio se deba a que su desorganización relativa y la fluidez de sus estructuras, poco rígidas, disuaden al investigador.

Hoy, sin embargo, hay una positiva tendencia a cubrir este vacío, y son las formaciones no clásicas las que acaparan la atención de los especialistas. En esta línea cabría destacar el congreso del Consorcio Europeo para la Investigación Política (ECPR), celebrado en Bruselas en 1979 y el Seminario sobre partidos conservadores de Europa meridional, celebrado en Catania (Italia) en noviembre de 1981. Este libro recoge la mayoría de las ponencias y estudios presentados en Bruselas en 1979.

El preámbulo sienta la premisa siguiente: después de la Segunda Guerra Mundial, las ideas y los partidos conservadores estuvieron muy desacreditados en la mayoría de los países europeos, debido sobre todo a los estrechos límites entre el conservadurismo y el fascismo, y la colaboración de destacados conservadores e incluso algunos partidos con los regímenes fascistas. Al acabar la guerra, los partidos de izquierda, en la mayoría de los países europeos, obtuvieron victorias electorales. Poco a poco los partidos conservadores se abrieron paso adoptando y dirigiendo la política de bienestar capitalista, lo mismo que hacían algunas formaciones demócrata-cristianas, sobre todo durante la década de los 50, años en los que se produjo «el milagro» económico europeo, en el que varios partidos conservadores estuvieron implicados directamente; su pragmatismo, una de las principales características de estas formaciones, les permiti-

tió recuperar anteriores posiciones en los Gobiernos. Asimismo, la depresión económica de los años 70, ha supuesto el resurgir de grupos conservadores en países con dominio casi absoluto de la socialdemocracia durante los últimos cuarenta años.

El continuo fortalecimiento de estos partidos en Europa Occidental ha sido uno de los fenómenos más significativos de los últimos tiempos. A su aproximación y conocimiento se dedican estos trabajos, en los que se examina la naturaleza de la política conservadora en la mayoría de los países de Europa del Oeste y que cabe agruparla en tres áreas geográficamente diferenciadas: Norte, en la que se estudian las características conservadoras de Gran Bretaña y de los países escandinavos; la Europa Central (República Federal de Alemania y los dos países mayores del Benelux), así como tres casos de países mediterráneos, Francia, Italia y España.

Estos trabajos son debidos a un grupo de 17 profesores e investigadores especializados en la ciencia política y con un importante bagaje de experiencia en este área, como es el caso de los profesores Caciagli, Colliard, Lecomte, Mugham y Pridham, entre otros, figurando como editor Layton-Henry.

Resulta obvio el interés de todo el conjunto de estudios, si bien adolecen de falta de sistematización o enfoque unitario, lo que impide una visión comparada de ciertos aspectos; facilita, sin embargo, una riqueza de puntos de vista que sugieren líneas de investigación que en un futuro ayuden a conocer con profundidad la naturaleza y funcionamiento de las

formaciones conservadoras europeas y vaya reduciéndose así el vacío científico antes señalado.

Los trabajos van precedidos de una introducción que recoge las teorías acerca de las concepciones políticas y filosóficas conservadoras y su evolución en los siglos XIX y XX, con especial referencia al modelo tradicional de conservadurismo europeo, el británico. La discusión sobre si los partidos demócrata-cristianos se deben incluir entre estas formaciones ocupa la última parte de esta introducción. A pesar de que muchos miembros de estos partidos lo niegan, los principios defendidos, así como sus bases electorales, principalmente las clases medias, son algunas de las muchas razones que permiten sostener que los partidos democristianos se han de considerar conservadores, del tipo de los llamados conservadores reformistas, más que asimilarlos a los conservadores clásicos o reaccionarios, que hoy son los menos en Europa.

Una de sus manifestaciones es la postura de apoyo a la integración europea, que junto a su pragmatismo y el estar menos atados al sentido más clásico de los partidos burocratizados, les ha permitido avanzar por medio de la formación de federaciones europeas (EPP, EDU, etc.), hacia el fortalecimiento de una alianza de centro derecha en la CEE, tema que se aborda en el capítulo final, centrado, como la introducción, en los problemas internacionales.

Veamos brevemente los aspectos fundamentales tratados en estos trabajos, que en su mayoría presentan una introducción histórica sobre el

origen y evolución de la ideología, y el papel jugado por cada partido antes de la Segunda Guerra Mundial.

Sobre Gran Bretaña hay dos aportaciones: una de ámbito nacional, centrada en los problemas surgidos como consecuencia de la necesidad de establecer la democracia interna en esta formación en sus principales órganos (líder y grupo parlamentario) y en relación a las estrategias y apoyos electorales. El otro trabajo analiza la caída del conservadurismo en Escocia.

La organización interna, especialmente la composición social de los afiliados y de los delegados a los congresos del partido, la organización territorial, local y regional, así como diversos aspectos político-electorales (estrategias para incrementar votos y composición del electorado), además de la ya mencionada introducción histórica, son los temas centrales estudiados respecto al conservadurismo en Suecia, Dinamarca y Noruega, países en los que en los últimos años el avance de los partidos de centro derecha ha sido muy significativo.

De Europa Central, el libro recoge tres estudios dedicados a la República Federal de Alemania, Bélgica y Holanda, centrados en el período que se inicia tras la Segunda Guerra Mundial, para el caso de la CDU alemana y del partido socialcristiano belga, si bien tratados desde perspectivas diferentes. En el primer caso, el papel de la CDU ante la política de desarrollo industrial en Alemania centra el estudio. La política unitarista de los socialcristianos belgas ante el problema nacional y lingüístico flamenco, que motivó en buena medida su

caída, ocupa lo esencial del capítulo consagrado a la política conservadora en Bélgica. El escaso arraigo del conservadurismo en Holanda, es analizado en otro capítulo en el que se recogen los diversos hechos (ideológicos, políticos, religiosos, económicos y sociales), que impidieron su desarrollo, abarcando especialmente el período que va desde la segunda mitad del siglo XIX a la primera mitad del XX.

Del conservadurismo en la Europa mediterránea tratan los últimos capítulos del libro. Dos trabajos sobre Francia muestran una visión amplia de las dos fuerzas políticas de la derecha francesa después de la Segunda Guerra Mundial, giscardianos y gaullistas; uno de los estudios se ocupa de las similitudes y diferencias entre estas dos fuerzas, analizando diversos aspectos que permitan establecer los matices e hitos significativos (la composición de los electorados y los afiliados, las maquinarias partidistas, así como las estrategias y tácticas de cada formación), para considerar por ello al *Rassemblement* básicamente como un partido de masas y a los giscardianos evolucionando de un partido de notables a uno de electores. Sin embargo, la dificultad de encuadrar en las tipologías clásicas a esta formación por su doctrina, programa, estructura o función, así como la dimensión proviniente del concepto de partido presidencial, hace que el otro trabajo sobre Francia, denso y completo sobre el PR, no permita establecer más que conclusiones abiertas sobre el particular.

En el intento de poner al día las

categorías clásicas de partidos al introducir estas formaciones conservadoras, con sus múltiples peculiaridades, en los trabajos científicos en la actualidad, se enmarca el trabajo de ámbito regional, que se ocupa de la Democracia Cristiana en el *Mezzogiorno* italiano: clientelismo y partido de masas en una zona con características específicas respecto al resto del país, el rol conservador jugado hoy por este partido, bajo la dirección de un nuevo tipo de clientelismo, los profesionales del partido, ya no por notables, puede ser una de las características de estas formaciones.

La política conservadora española es el objeto del último y sensiblemente deficiente capítulo del libro, centrado en la evolución de la derecha en España, caracterizada, según el autor, por una importante tendencia hacia su escoramiento a la extrema derecha a lo largo de los distintos períodos estudiados, siglo XIX y principios del XX, la II República, el régimen del general Franco y la llamada era postfranquista. Esta etapa, poco elaborada y más bien descriptiva, se ocupa casi en exclusiva del papel jugado por la ya desaparecida UCD, sin ocuparse prácticamente de otras formaciones estatales o regionales.

En conjunto, pues, un amplio abanico de enfoques para un variado conjunto de formaciones que muestra la urgencia de ampliar el estudio de las mismas y de su papel en la política europea contemporánea.

LOURDES LÓPEZ NIETO

PETER LANGE y MAURIZIO VANNICELLI

**The Communist Parties of Italy, France and Spain:
Postwar change and continuity**

(Londres, George Allen & Unwin, 1981, 385 pp.)

Constituye, sin duda, el libro de Lange y Vannicelli uno de los más interesantes *readings* que, sobre textos de los partidos comunistas europeos (documentos, declaraciones, manifiestos y editoriales), han aparecido hasta la fecha.

Centrándose en los Partidos Comunistas de Francia, Italia y España, los autores tratan de dar cuenta, a lo largo de una selecta y cuidada antología de textos, de la naturaleza, desarrollo, límites y especificidad que revisió en la década de los 60 la reorientación político-estratégica de estas tres formaciones conocida con el nombre de «eurocomunismo».

Este fenómeno, que integraba una voluntad de adecuación de las concepciones socialistas, así como las subsiguientes estrategias de transición a las condiciones del capitalismo desarrollado, y con ello el alejamiento progresivo del comunismo soviético, venía a suponer no ya solamente una reformulación de aspectos esenciales de la tradición comunista, sino una agudización de la crisis de estas organizaciones que revestiría un carácter conflictivo e incluso contradictorio para las perspectivas políticas de las mismas. La selección dirigida por

Lange y Vannicelli incorpora fragmentos de los principales textos expresivos de las posiciones oficiales de estos partidos tras la posguerra y en ello, en este aporte de material tan disperso, radica, sin duda, la principal utilidad de esta obra que resulta, en este estricto orden de cosas, la más completa de las existentes en el mercado¹. Es, no obstante, discutible el peso otorgado por los autores a unos textos frente a otros (así, por ejemplo, las declaraciones conjuntas PCI-PCF del 75, Conferencia de Berlín de 1976, etc., brillan por su escasa presencia) y sobre todo la marginación de centrales intervenciones de carácter económico y político-teórico aparecidas en muchas ocasiones en revistas de fondo, no siempre estrictamente oficiales desde el punto de vista de la dirección de estos partidos.

Este defecto en la selección de textos que comentamos, incide y se traduce no solamente en la superficialidad aparente de muchos de los cambios introducidos en los distintos ámbitos —ausente la base teórica que

¹ Cfr., por ejemplo, la obra de Hughes PORTELI, *Les PC espagnol, français, italien face au pouvoir*, París, Christian Bourgeois edit., 1976.

los sustenta—, sino, y fundamentalmente, en la incapacidad de clarificar la heterogeneidad y disimultaneidad de los procesos que se esconden tras la artificiosa uniformización del término «eurocomunismo».

Así, por ejemplo, el «compromiso histórico» de Berlinguer, sus éxitos o limitaciones, debe encuadrarse en la trayectoria de la tradición comunista italiana que tras las huellas de Gramsci, inicia en la inmediata posguerra, de la mano de Togliatti, un proceso irreversible de renovación de las propias tradiciones históricas. Una reflexión profunda sobre cuál debía ser la vía nacional al socialismo en Italia concebida como guerra de posiciones, la flexibilidad ante el fenómeno religioso, la lucha institucional y el proyecto de una amplia «hegemonía» sobre el conjunto de la sociedad civil otorgan al proceso italiano una continuidad y sustantividad político-ideológica que se halla ausente en los otros partidos europeos².

Muy diferente es, por el contrario, el caso del Partido Comunista Francés: su mayor dureza «obrerista» en la política interna de la mano de Marchais y sus pasos atrás en la emancipación del modelo soviético y la política internacional de la URSS, patente en el apoyo a la invasión de Afganistán debe ser remitido (conjuntamente con la estructura socioeconómica francesa contemporánea y su peculiar escena política) a las concepciones políticas y económicas globales que tras estas prácticas subya-

cen. En efecto, la teorización del «capitalismo monopolista de Estado»³, por su carácter marcadamente instrumental y economicista, considerando al Estado como mera expresión inmediata de los monopolios y la justificación de las alianzas en torno a una clase obrera que desde su privilegio ontológico «tolera» el acercamiento de aquellos sectores que, en cuanto se «proletaricen», poseen sus mismos intereses, supuso una barrera infranqueable a un proyecto no sectario y la realización del «Programa Común».

Los lentos avances del PCE en la reconfiguración de su política deben asimismo ser contextualizados en su carácter de partido de resistencia a la dictadura franquista, articulador de la entera oposición al régimen durante muchos años. Pero donde, pese a su explícita formulación del ideario eurocomunista⁴, el peso de la tradición «marxista-leninista» en su interior conjuntamente con la ausencia patente de democracia interna promovió serias discontinuidades y retrocesos en su estrategia que, amplificados por sus desastres electorales, lo sitúan en unas críticas perspectivas de futuro.

A lo largo de los fragmentos de la antología que comentamos, sin embargo y pese a las acotaciones críticas que como las anteriores se puedan hacer a la misma, se patentiza con nitidez las reales dimensiones cuantitativas y cualitativas de la *ruptura po-*

² Cfr. Palmiro TOGLIATI, *Escritos políticos*, México, Era, 1975, y Enrico BERLINGUER, *La cuestión comunista*, Barcelona, Avance, 1978.

³ Cfr. *Le capitalisme monopoliste d'Etat*, París, Edit. Sociales 1975; Jean Pierre DELILEZ, *L'Etat du Changement*, París, Ed. Sociales, 1977.

⁴ Santiago CARRILLO, *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, 1978.

lítico-ideológica que la alternativa eurocomunista supuso en el interior de los tres partidos de referencia.

Si, en la inmediata posguerra el PCI y el PCF se construyeron como auténticas «subculturas» alternativas en el seno de la escena política progresivamente dominada por la «guerra fría», de tal modo que el movimiento comunista se erigió como una «contrasociedad» portadora de propios antivalores, tradiciones de lucha, estilo de militancia, concepto de lo político y eficacia... ello conllevaba como contrapartida su dependencia de la política soviética a la par que (y ello en menor medida en el seno del PCI) su cerramiento a una política amplia de masas con incidencia electoral progresiva y sostenida. El eurocomunismo integrará, y en ello radica el acierto decisivo de la selección de textos, así como del prólogo de Lange que los introduce globalmente, un largo *proceso* de revisión de las posiciones heredadas de la posguerra.

Esta consideración del eurocomunismo como un proceso resulta de sumo interés a la hora del muestreo que oriente la selección de textos, y ello por varias razones, que resulta de interés destacar. En primer lugar, por cuanto implica la contextualización de la estricta dinámica partidaria de los profundos cambios socioeconómicos derivados del intervencionismo estatal keynesiano en la economía, el Estado social y la reestructuración del espectro clasista de la Europa occidental bajo su égida.

Por ello, la reorientación del modelo político-estratégico: objetivos, alianzas, perspectivas socialistas, etc.,

que tiene lugar en los partidos comunistas occidentales debe ser instalada en las postrimerías de la larga onda expansiva de acumulación que, comenzada en la posguerra, toca a su fin a primeros de los 70, poniendo en crisis a través de la conjunción de la tríada: inflación-paro-desequilibrio balanza de pagos los progresos del *Welfare State*.

Pero, al mismo tiempo, la consideración procesal del fenómeno eurocomunista implica la situación del mismo en el ininterrumpido proceso de crisis del movimiento comunista internacional⁵, que experimenta ahora nuevos desarrollos de los que, por vez primera, el nivel teórico e ideológico alcanza rigor, complejidad y auténticas características de debate político. En efecto, como autores de relieve —Claudín, por ejemplo⁶— han puesto de manifiesto a las vicisitudes y fraccionamientos que el movimiento comunista conoce desde que Stalin liquida la Komintern, se incubaba la crisis del titismo, se produce la intervención en Hungría en el año 56, la escisión chino-soviética luego y culmina con la intervención armada en Checoslovaquia del 68... se viene a añadir ahora la complejidad del nuevo marco de clases, la ausencia de modelo socialista al margen del «socialismo real» de los países del Este, la difícil situación en la política internacional de los dos bloques, la aparición de nuevos movimientos sociales no clasistas: feminismo, naciona-

⁵ Cfr. al respecto la obra de Fernando CLAUDÍN, *La crisis del movimiento comunista*, París, Ruedo Ibérico, 1970.

⁶ *Eurocomunismo y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 119 y ss.

lismos interiores, pacifismo, ecología, etc. Frente a todo ello, se alza la propuesta comunista que a través de críticos procesos de remodelación interior, que cuestan escisiones prosoviéticas, leninistas, etc., implican el abandono de elementos clave de la política y estrategia seguidas hasta la fecha por estos partidos. Los debates, o incluso la carencia de los mismos, sobre conceptos tan centrales como «la dictadura del proletariado» —por cierto, tema éste muy infrarrepresentado en la muestra antológica de Lange y Vannicelli— constituyen viva muestra de la dureza, complejidad y crisis que el nuevo proyecto llevaba consigo.

En todo caso, la lectura de los textos escogidos pone de relieve no ya el alcance de esta profunda revisión de las posiciones comunistas, sino la complejidad y sustantividad con que es abordada a lo largo de un debate ideológico que no conoce parangón —con todas sus innegables limitaciones— en el ámbito de otros partidos de la izquierda europea: socialistas y socialdemócratas.

El abandono de la estrategia del «asalto frontal», la transición de la «guerra de movimientos» a la «guerra de posiciones», la incorporación de amplios apoyos a través de la vinculación de la lucha institucional y de base, la «revolución de la mayoría», la consecución de una amplia «he-

gemonía» como objetivo central, la transformación del Estado, la utilización alternativa de la democracia representativa, las críticas al economicismo y al mecanicismo, etc., constituyen otros tantos elementos que muestran la irreductibilidad del eurocomunismo a un mero proceso de *socialdemocratización*, y la aparición de un proyecto político sustantivo de la izquierda europea del que es preciso dar cuenta con entera especificidad.

Si el drama del movimiento comunista europeo ha sido en los últimos años la pérdida de gran parte de su capital humano y político —al socaire de una renovación que supuso la liquidación parcial de importantes tradiciones históricas— para ocupar un espacio político que ha resultado ser más accesible a interpelaciones político-ideológicas de signo socialdemócrata y moderado, la evolución de la crisis económica del moderno capitalismo y la necesidad de profundas transformaciones estructurales, políticas y culturales a las que los partidos socialdemócratas hasta la fecha se han mostrado incapaces de responder, deja pendiente el problema de si la alternativa eurocomunista es solamente la etiqueta agónica con que unas fuerzas políticas velan desesperadamente su irremisible liquidación histórica.

RAMÓN MAIZ

INFORMES Y ENCUESTAS DEL C.I.S